

REPRESION EN GUINEA

Hace años, en uno de nuestros trabajos¹ señalábamos que una de las características del régimen impuesto por Seku Turé al pueblo guineano consistía en la ferocidad con que se aplicaba a eliminar radicalmente toda oposición a su autocracia. Tras la ficticia fachada de un régimen socialista, Seku Ture esconde la realidad de un sistema feudal del que se ha erigido en árbitro absoluto. Y de los antecedentes que aportábamos se deducía que las crecientes muestras de malestar del pueblo, originadas por la miseria en que se halla sumido, son siempre catalogadas por el dictador bajo la etiqueta de «conjuras» tramadas por algún país extranjero. Entonces, era la Unión Soviética la acusada de turno, a pesar de su considerable aportación financiera y técnica a la supervivencia del régimen guineano. El embajador de la URSS, Solod, era expulsado de Conakry, produciéndose una etapa de tensión, aunque Guinea evitara cuidadosamente desencadenar una campaña propagandista de altos vuelos, lo que permitió zanjar el incidente con la posterior visita de Mikoyan.

Nuevos brotes de descontento popular siguieron al entonces mencionado, y todos ellos han dado ocasión a severas represiones que cortan fulminantemente toda veleidad opositora.

En 1965, siete años después de proclamada la independencia, se agudizaba la tensión franco-guineana con motivo del anuncio de Conakry de haber sido descubierto un nuevo complot. Seku Ture lo atribuía a manejos franceses para derrocarlo, aunque claramente se trataba de manifestaciones del profundo malestar interno en un país donde, a causa de la difícil situación económica, habían surgido diversas oposiciones: los *fullah*, antiguos jefes tradicionales; los «comerciantes», que se consideraban perjudicados por la reforma monetaria; los estudiantes, y, también, las autoridades que rodean

¹ JULIO COLA ALBERICH: «Un significativo incidente soviético-guineano», núm. 60 de esta REVISTA (marzo-abril 1962).

a Seku Ture. Índice elocuente de este malestar es el continuo éxodo de la población guineana hacia los Estados vecinos, que en 1971 ha llegado a alcanzar las 800.000 personas refugiadas en el extranjero, de las cuales casi medio millón viven en el Senegal y alrededor de 250.000 en Costa de Marfil. La importancia que alcanzan estas cifras queda subrayada si tenemos en cuenta que la población total de Guinea se cifra en unos tres millones de personas.

A finales de octubre de 1966, en el aeropuerto de Accra, era detenido un avión de la Pan American Airways que conducía a Addis Abeba a la delegación guineana que debía participar en la conferencia de la OUA. Los 19 delegados guineanos eran retenidos en la capital de Ghana y Seku Ture se negaba a participar en la conferencia de jefes de Estados africanos para protestar contra «el secuestro ilegal y arbitrario de nuestra delegación por parte de las autoridades de Accra». Se trataba, con toda evidencia, de una represalia ghanesa por la triunfal acogida dispensada por Conakry al derrocado presidente Nkrumah, instalado en Guinea con todos los honores de un jefe de Estado, y también al disgusto de Accra por la intensa campaña radiofónica llevada a cabo desde la capital guineana para incitar a los ghaneses a la rebeldía contra el nuevo régimen. Esta desleal conducta había provocado la tensión entre los dos países. No obstante, lo que era un simple episodio de la hostilidad Accra-Conakry fue aprovechado por Seku Ture para acusar al Occidente, y así declaraba que la detención de los delegados obedecía a «las odiosas maquinaciones del imperialismo para sabotear la acción unitaria y la emancipación del continente africano».

Esta obsesión por la reacción xenofoba es característica de Seku Ture, que la aplica constantemente porque le resulta rentable, ya que siempre encuentra eco favorable entre algunos Estados dispuestos a creer todo lo que lleve el marchamo «antiimperialista», «antineocolonialista» o una etiqueta similar. Así, tan pronto como tuvo noticia del acontecimiento ocurrido en el aeropuerto de Accra, ordenaba la inmediata detención del embajador norteamericano en Conakry, que era sometido a arresto domiciliario, acusándole de haber influido en aquel suceso. Los empleados de la Pan American Airways en Conakry eran también detenidos y una manifestación de 50.000 personas desfilaba por las calles de la capital en actitud hostil hacia los Estados Unidos como protesta por la circunstancia de que el avión detenido fuese propiedad de una compañía norteamericana. El presidente ghanés, general Ankrah, se negaba a escuchar las peticiones de Argelia, Etiopía y Nigeria

de que pusiera en libertad a los detenidos, y la OUA enviaba a Accra una misión para que mediase en el conflicto. Seku Ture endurecía su postura expulsando a todos los miembros del cuerpo de la paz norteamericano, así como decretando restricciones a la libertad de movimientos de los súbditos de los Estados Unidos residentes en Guinea, que fueron obligados a permanecer en sus domicilios.

Esta actitud tan airada se producía después de que Wáshington había venido proporcionando una importante ayuda a la economía guineana durante los últimos tres años, en los cuales las subvenciones habían alcanzado, en 1965, 840 millones de pesetas, siendo después aumentadas en otros 360 millones. Desde 1963, los Estados Unidos era el país que había aportado a Guinea una mayor ayuda económica y financiera, hasta el punto de que sin esa ayuda el régimen de Seku Ture no hubiese podido mantenerse. Solamente en alimentos Wáshington otorgaba donativos por valor de 10,4 millones de dólares en 1962, 16,1 millones en 1963, 24 millones en 1964. Además concedió ayudas para la construcción de carreteras y para el desarrollo agrícola. La ayuda de la USAID representaba en 1965 el 40 por 100 del presupuesto guineano. A pesar de ello se fomentaba sistemáticamente el odio a los Estados Unidos, y así, en diciembre de 1966, se inauguraba en Conakry un seminario donde se denunciaba la «subversión, la malversación y la corrupción» de dicho país. Como consecuencia de esta actitud inamistosa, la ayuda de los Estados Unidos fue disminuida en sus tres cuartas partes en 1966, aunque en 1967 —después de las conversaciones celebradas en Wáshington por el ministro guineano de Asuntos Exteriores, Beavogui— fue restablecida a su anterior nivel de 24,6 millones de dólares y una ayuda en productos alimenticios por valor de 10,6 millones.

En febrero de 1967 el secretario general de la Unión General de Guineanos en Francia (UGGF) dirigía al diario *Le Monde* un extenso informe en el que, entre otros extremos, puntualizaba: «No ignoran ustedes que desde hace ocho años el régimen "estable" de Seku Ture ha procedido a más de un reajuste ministerial por año; que varios ministros, condenados a muerte, han sido fusilados; que numerosos responsables del partido se pudren en las cárceles; que ciertas regiones de Guinea sufren la represión de procónsules juramentados que no tienen que rendir cuentas de sus actos más que a Seku Ture, y que más de un millón de guineanos han huido del país, a veces después de dramáticas aventuras.» Este balance fidedigno reflejaba la espantosa situación.

En vez de paliar los daños, Seku Ture decidía arremeter contra la Iglesia. En abril de ese año, el prefecto apostólico de Kankan, monseñor Coudray, era colocado en libertad vigilada, al igual que todos los sacerdotes católicos, por haber denunciado la precaria situación alimenticia que reinaba en el país. Debido al corte de las importaciones de arroz, en enero de ese año, este alimento básico escaseaba en los mercados locales y la penuria había originado la protesta general, de la que se había hecho eco el clero católico. Seku Ture recibía al mes siguiente la visita de monseñor Benelli, prefecto apostólico para el África occidental; del cardenal Zungrana, arzobispo de Uagadugu (Alto Volta), y del arzobispo de Conakry, monseñor Tchidimbo, a los que comunicaba su decisión de «africanizar» inmediatamente el clero guineano. Según sus órdenes, antes del 1 de junio deberían ser sustituidos los prefectos apostólicos de N'Zerekore y Kankan, por ser ambos de nacionalidad suiza. Pocos días después, los dos prefectos citados eran expulsados, así como todo el clero no africano (76 sacerdotes y 55 religiosas) de nacionalidad francesa o suiza, que se trasladaron a Dakar y Abidjan.

Un nuevo incidente surgía en febrero de 1967. El 19 de dicho mes mandaba encarcelar a la tripulación del barco «Ker Ispen», de Costa de Marfil, a la que acusaba de «estar preparando el secuestro» del ex presidente ghanés Nkrumah. Acto tan arbitrario motivó la inmediata protesta del Gobierno de Abidjan, que exigió la rápida liberación de los detenidos. Seku Ture se negó terminantemente, y con su actitud originó una tensión con el vecino Estado. El presidente de Costa de Marfil, Félix Houphouët-Boigny, demostrando gran paciencia, prolongó durante cuatro meses las gestiones amistosas para conseguir la liberación de sus súbditos. Finalmente, al comprobar la inutilidad de sus gestiones, decidió aplicar un método más expeditivo, y así, el 27 de junio, cuando aterrizaba en el aeropuerto de Abidjan, en escala técnica, un avión de la compañía holandesa KLM que transportaba, entre otros viajeros, a los miembros de la delegación guineana en la ONU, presididos por el ministro de Asuntos Exteriores, Beavogui, se incautó de dichos delegados, encarcelándolos inmediatamente.

Este incidente, a la vista de datos tan públicos y notorios, sólo puede ser atribuido a la tensión reinante entre los dos países. No obstante, a consecuencia del mismo Holanda resultaba la víctima propiciatoria, puesto que Seku Ture decide siempre hacer responsables a los países occidentales de los pleitos que su arrogante conducta origina con otros Estados africanos. En consecuencia, ordenó el arresto del encargado de Negocios holandés y la detención de

los empleados de la compañía KLM, así como de todos los súbditos de dicho país «que permanecerán en la cárcel hasta que la delegación guineana detenida sea puesta en libertad», según amenazaba *La Voz de la Revolución*. La radio de Conakry precisaba que correspondía al Gobierno de La Haya «hacer las gestiones necesarias para obtener la liberación de las personalidades guineanas y devolverlas sanas y salvas».

En este caso, tan en flagrante contradicción con las normas de conducta internacional, Seku Ture aprovechaba el incidente para humillar a los súbditos de un país occidental, tarea que siempre le resulta grata, al propio tiempo que coaccionaba a moverse diplomáticamente ante Abidjan al Gobierno de La Haya para rescatar a los rehenes. A mediados de agosto anunciaba que Guinea suspendía su participación en las instituciones especializadas de la ONU (FAO, Unesco, etc.) hasta que Costa de Marfil liberase a la delegación. U Thant intercedía respecto a Costa de Marfil pidiendo la libertad de los detenidos y dirigía un mensaje a Conakry para que, a su vez, pusiera en libertad a las 27 personas originarias de Costa de Marfil y de otros países que mantenía encarceladas. Ambos países habían rechazado, el 26 de julio, una propuesta idéntica del secretario general de las Naciones Unidas. Esta nueva gestión de U Thant no tuvo mejor éxito y Guinea solicitaba que el Consejo de Seguridad de la ONU se ocupase del pleito marfileño-guineano. U Thant, poniendo el máximo interés en solucionar el caso, se entrevistaba en Nueva York con el presidente de Costa de Marfil para tratar de encontrar una solución aceptable.

Este incidente se prolongó hasta finales de septiembre, fecha en la cual el Buró político del Partido Democrático de Guinea ordenaba la libertad de los tripulantes del barco marfileño secuestrado, los cuales, según declaraba Seku Ture a través de una alocución radiodifundida, «han sido utilizados por Houphouet-Boigny contra la soberanía y los intereses de nuestro pueblo». Después que los detenidos abandonaron el territorio guineano, el Gobierno de Abidjan ponía en libertad a los miembros de la delegación de Guinea, entre ellos al ministro de Asuntos Exteriores, Beavogui, y al representante permanente en la ONU, Achkar Marof. Al ser éstos recibidos en Conakry, Seku Ture pronunció un violento discurso acusando a las autoridades marfileñas de ser los «enemigos puros» de la emancipación africana.

En el mismo mes de septiembre de 1967 se producía una escisión en el seno del partido único (PDG), lo que revelaba la amplitud de la oposición al dictador. Seku Ture declaraba en un discurso que «los enemigos de la re-

volución están en el seno del PDG», y agregaba que dicho partido «debe destruir en embrión toda tentativa de desviación susceptible de favorecer la duda y el desengaño. El VIII Congreso debe desembarazar al partido de los confusionistas y desviacionistas que pueden frenar su progreso».

Pero el malestar había calado capas muy profundas y la oposición interna había establecido contactos con los exiliados establecidos en los países limítrofes. El 15 de febrero de 1968 el secretario del Interior anunciaba por Radio Conakry que «cierto número de mercenarios guineanos, reclutados y armados por los enemigos jurados de la independencia y la soberanía de los pueblos africanos, han penetrado en nuestro territorio para intentar perpetrar crímenes y derramar la sangre de los guineanos que siguen fieles a la revolución africana. Estos individuos, apátridas e indignos, han sido arrestados en nuestras fronteras gracias a la vigilancia revolucionaria del pueblo de Guinea y de su valiente milicia popular. Entre ellos se encuentra Barry Yaya, secretario general de la organización a sueldo del imperialismo internacional, que se titula ridículamente Frente de Liberación Nacional». El número de prisioneros era de unos 500, equipados con armas especiales, que, según los datos de la proclama, habían sido entrenados en un campo situado «en un país africano». Rápidamente fueron pasados por las armas por orden de Seku Ture.

En diciembre de ese año Radio Conakry lanzaba una nueva proclama invitando a las milicias del PDG a «permanecer constantemente vigilantes para evitar la confusión y la duda que favorecen la aventura y la contrarrevolución». Se insistía en que resultaba preciso «sanear» los organismos administrativos y políticos de la nación y se pedía una reorganización del Gobierno. El malestar culminaba a finales de año, cuando las calles de la capital contemplaban el paso de «manifestaciones contrarrevolucionarias» denunciadas públicamente por Seku Ture en una alocución radiodifundida. Estaba fuera de dudas de que, a pesar de los millares de ejecuciones decretadas por el dictador en sus diez años de mando absoluto, el pueblo guineano se alzaba contra el tirano que le oprimía en su provecho personal. La cuarta parte de la población había tenido que huir del terror desencadenado refugiándose en los países africanos limítrofes, y miles de personas se hallaban encarceladas por manifestar su oposición al régimen.

El 26 de febrero se descubría un nuevo complot, siendo detenidos tres altos jefes militares. Nuevamente Seku Ture buscaba en la xenofobia una justificación a estos brotes de malestar al asegurar que la conjura había

sido montada «en complicidad con el imperialismo francés, que actúa de acuerdo con algunos Gobiernos africanos». Seku Ture pronunciaba un discurso, a mediados de marzo, atacando duramente al general De Gaulle, al que calificaba de «campeón del neocolonialismo francés» por «organizar la subversión contra Guinea utilizando a los tiradores de origen guineano que han preferido continuar como mercenarios y que son concentrados en la comuna de Rivesaltes, en los Pirineos orientales». Los arrestos se multiplicaban en todo el territorio guineano y «una atmósfera de terror se abatía sobre Conakry», según las palabras del corresponsal de *Le Figaro*, Jean Thibault (9 de abril de 1969). Entre los 153 detenidos se contaban tres influyentes miembros del Gobierno: Karim Fofana, secretario de Estado de Comunicaciones; Keita Fodeba, secretario de Estado encargado de la Economía Rural, y el coronel Kaman Diaby, secretario de Estado encargado del Servicio Cívico y jefe adjunto del Estado Mayor del Ejército. Todos poseían un gran prestigio e influencia, por lo que se afirmaba que «es la primera vez que Seku Ture se atreve a golpear tan alto». Una depuración tan amplia y calificada indicaba que la oposición al dictador era casi unánime y que ya no se circunscribía a las capas de la población humilde y desvalida, que venía siendo la víctima propiciatoria durante dos lustros, sino que llegaba a los más directos colaboradores del presidente. Estas tres destacadas personalidades y otros diez acusados eran condenados a muerte el 14 de mayo.

Como Thibault afirmaba razonablemente: «Parece que la amplia purga emprendida actualmente trata menos de sofocar un complot, cuya realidad aún no se ha comprobado, que de mantener la autoridad del presidente Seku Ture, que se sentiría cada vez más amenazado por los *intelectuales* que desearían mayor realismo en la dirección de los asuntos públicos y especialmente de la economía. El desarrollo efectivo del país necesita algo más que vituperios contra los "imperialistas" y el "neocolonialismo" y arengas apasionadas por una "revolución" cuyos resultados son totalmente negativos.»

A primeros de junio de 1969, Seku Ture emprendía la depuración de las fuerzas armadas tras de un discurso en el que anunciaba su propósito de eliminar a los «elementos cuya presencia en el seno del ejército resulta incompatible con la voluntad guineana de radicalizar su revolución». Novecientos militares eran incorporados a las listas negras y, pocos días después, tres eran condenados a severas penas: Sow Umar, Traoré Lamine y Camara Balla.

Aunque el terror provocado por las constantes ejecuciones y los arrestos en masa había paralizado a la mayoría de los descontentos, algunos enemi-

gos no retrocedieron ante la amenaza. Así, el 24 de junio, cuando Seku Ture atravesaba Conakry en compañía del presidente de Zambia, Kenneth Kaunda, y del copresidente Nkrumah, un guineano de veinticuatro años, Keita Tidiane, intentó atacar a Ture con un cuchillo. Según la versión de la radio gubernamental: «Tidiane se ha destacado de la multitud, se ha abalanzado sobre el vehículo presidencial y ha agredido a la persona de Seku Ture, quien, en un reflejo revolucionario, ha lanzado al canalla por tierra. Los militantes se han apoderado del agresor y le han linchado en un clima irresistible de general indignación.» Este acontecimiento sirvió a Ture para detener a otros adversarios, acusándoles de complicidad en el atentado, como a un hermano del ex ministro de Finanzas, Barry Diawadu, que había sido condenado a muerte en marzo. En París, el Frente de Liberación Nacional reivindicaba la responsabilidad del atentado, difundiendo una nota en la que se aseguraba que se trataba de una «advertencia y no una tentativa de muerte del dictador, ya que en interés de nuestro pueblo deseamos capturarle vivo para que pueda rendir cuentas ante la justicia republicana de los múltiples crímenes que ha cometido contra la nación».

Según su inveterada norma de conducta, Seku Ture, en un discurso ante los milicianos de Conakry, acusaba a «ciertas Embajadas extranjeras» de ayudar a los conspiradores, y llegaba a afirmar que el secretario general de la Organización de la Unidad Africana, Diallo Telli, era uno de sus cómplices más destacados. Telli, en un mensaje, desmentía esas palabras, calificándolas de «monstruosas».

En esa atmósfera irrespirable se festejaba el XI aniversario de la independencia. «Muy pronto —aseguraba Seku Ture— proclamaremos la revolución cultural y nos lanzaremos al noble camino de la revolución permanente y multiforme.» Aunque Seku Ture empleaba esta fraseología maoísta, la realidad es que su régimen no presenta ninguno de los aspectos positivos que aquél ofrece, puesto que se reduce a un feudalismo llevado a sus últimas consecuencias. A finales de octubre reorganizaba el Gabinete y emprendía una campaña de acusaciones contra Portugal. Su representante en la ONU, Abdulaye Ture, presentaba en diciembre al Consejo de Seguridad un documento denunciando «la política sistemática de provocaciones y de violaciones que el Gobierno portugués impone a los habitantes del territorio nacional guineano».

Seku Ture llegaba en 1970 al paroxismo de la histeria xenófoba. El 26 de febrero pronunciaba un discurso en Kindia, acusando al presidente de Costa

de Marfil de «colusión con el imperialismo para llevar a Guinea al redil del colonialismo francés», agregando que los militares franceses estaban preparados para invadir Guinea. Reveló que en las cárceles de Conakry habían ingresado tres hombres acusados de preparar un complot, para el que disponían de un depósito de armas en Liberia. El 6 de abril volvía a reorganizar el Gobierno, reemplazando al general Lansana de su puesto de ministro del Interior, y el 27 de julio el Gobierno informaba de que «el imperialismo prepara activamente un golpe decisivo contra la libertad de nuestro pueblo», señalando que el comandante Thierno Tabib Diallo, del FLN, el partido de oposición clandestino, reclutaba súbditos guineanos en un país vecino, entrenándolos militarmente. Como medida de precaución se expulsaban de Guinea a 600 súbditos ghaneses, y en octubre siguiente se informaba de que había sido desbaratado un nuevo complot «urrido contra la revolución guineana» por el FLN. Según el comunicado, los conjurados debían asesinar a Seku Ture durante las fiestas conmemorativas del XII aniversario de la independencia.

Todos estos antecedentes, previos a los sangrientos acontecimientos de noviembre, parecen establecer una serie de conclusiones concretas. En primer lugar, los 800.000 refugiados guineanos instalados en los países vecinos no permanecían inactivos, sino que habían creado una organización clandestina, el FLN, destinada a derribar el régimen de Conakry. El FLN había logrado amplios contactos en el interior de Guinea entre la masa de la población hostil a la dictadura. En consecuencia, constantemente se estaban preparando una serie de golpes—los complots que denuncia Conakry—, en los que participan un número creciente de personas allegadas al presidente, descontentas tal vez de no verse suficientemente recompensadas por sus servicios, o bien porque se sienten inseguros ante las ciegas represiones del dictador. Otros pasan a la acción clandestina al verse desposeídos súbitamente de sus cargos en las frecuentes «reorganizaciones» del Gabinete. Y otros lo hacen de buena fe al comprobar la creciente miseria del país y el infrahumano nivel de vida de la mayoría de sus pobladores. Es obvio, por lo tanto, que la oposición al régimen procede única y exclusivamente del pueblo guineano oprimido, el que aún permanece en el territorio nacional y el que ha conseguido huir al exterior. Hablar de «conjuras imperialistas» preparadas por Estados Unidos, Holanda, Francia o Portugal es sólo una forma retórica de disfrazar ante los restantes países del continente la masiva oposición de sus compatriotas, que aspiran a la libertad y a que les sean reconocidos los más elementales derechos humanos. Por añadidura, como el sátrapa guineano ha

ido provocando sucesivamente a Ghana, Costa de Marfil y al Senegal, es razonable pensar que los respectivos Gobiernos, aunque no ayuden materialmente a las conjuras del FLN, cierren los ojos a los manejos de los enemigos de Seku Ture. Otro tanto sucede en la Guinea portuguesa, en justa correspondencia a la actitud de Conakry, que proporciona asilo, entrenamiento y material a los guerrilleros del PAIGC (Partido Africano de la Independencia de Guinea y Cabo Verde) de Amílcar Cabral. En definitiva, el caso de Guinea es el prototipo de la rebelión interna de un pueblo contra el despotismo, adicionado de complacencias de algunos Estados africanos, a los que Conakry ha intentado desacreditar.

* * *

El domingo 22 de noviembre, a las diez y treinta, Radio Conakry comunicaba que durante la madrugada «mercenarios procedentes de los países limítrofes, especialmente de Guinea portuguesa», habían intentado desembarcar en la capital. Una hora más tarde agregaba que «barcos de guerra extranjeros» habían anclado en las aguas territoriales. A las dieciséis y diecisiete el propio Seku Ture, en una alocución radiodifundida, declaraba que «centenares y centenares de mercenarios de numerosas nacionalidades» (una vez más el toque xenófobo) luchaban en las calles de la capital. A las dieciocho, el presidente, consternado al comprobar el apoyo que los comandos desembarcados encontraban en el pueblo guineano, lanzaba un llamamiento urgente a U Thant para que «enviase inmediatamente tropas aerotransportadas de las Naciones Unidas para combatir la invasión portuguesa». Lo que resulta sorprendente es que los Estados africanos más próximos, que conocen perfectamente la situación de Guinea y la criminal ligereza con que Conakry responsabiliza al extranjero de sus problemas internos, prestasen oídos a estas acusaciones. Pero Seku Ture tuvo éxito, y pronto la RAU, Mauritania, Tanzania y Sierra Leona le transmitían mensajes de aliento y simpatía, así como promesas de apoyo. El Consejo de Seguridad de la ONU fue convocado en sesión de urgencia y aprobaba una resolución—presentada por Burundi, Nepal, Sierra Leona, Siria y Zambia—que exigía «la retirada inmediata de todas las fuerzas armadas y los mercenarios exteriores... utilizados en el ataque armado contra el territorio de la República de Guinea», decidiendo enviar una misión de información a Conakry. Se dibujaba un frente unido contra Portugal, debido a las acusaciones gratuitas de Guinea, y los países continentales daban el espectáculo lamentable de ayudar a consolidar una

tiranía, en vez de laborar por la libertad del pueblo oprimido. El propio Senegal, víctima frecuente de las iras de Seku Ture, expresaba su «indignación ante la agresión cometida contra el pueblo hermano de Guinea», y Costa de Marfil hacía constar su «horror ante la criminal invasión». Claro está que muy pronto iban a recibir ambos países muestras del «agradecimiento» del dictador por tan resuelta actitud de apoyo. Las ofertas de ayuda militar (de la RAU y Nigeria especialmente) llegaban a Conakry, y este clima de solidaridad favorecía el aplastamiento de los valientes exiliados alzados en armas, después de sangrientos combates, que provocaron millares de víctimas.

Como Seku Ture se había basado en que «centenares de soldados portugueses» habían invadido Guinea, comprendió inmediatamente que los corresponsales de prensa o cualquier otro visitante descubrirían la farsa al advertir que ningún súbdito lusitano figuraba entre los millares de cadáveres o entre los prisioneros. Sólo podía exhibir a un tal Keita Mamadu, que se decía nacido en Bissau y que alegaba ser «mercenario capturado», y que fue profusamente entrevistado ante la radio con miras a la propaganda. Para cualquier investigación seria e imparcial este «mercenario» era un testimonio insuficiente para corroborar las grotescas afirmaciones de Conakry. Para obstruir el conocimiento de la verdad, el Gobierno guineano ordenaba el cierre de las fronteras e impedía totalmente la entrada en el país a cualquier persona procedente del extranjero, especialmente a los periodistas. No obstante, la verdad de los hechos no podía permanecer oculta, y el corresponsal en Dakar de *Le Monde*, Pierre Biarnes, escribía (en el número de 26 de noviembre) que «se ha tratado esencialmente de una tentativa de retorno al país de emigrados guineanos opuestos al régimen de Seku Ture, especialmente antiguos militares». Este era el testimonio concluyente aportado por los testigos oculares que habían logrado salir de Guinea. Pero algunos países se obstinaban equivocadamente en reforzar en el poder a Seku Ture, y así, Libia enviaba armas y municiones y Argelia ponía a su disposición un crédito equivalente a cien millones de francos. Diallo Telli, el secretario de la OUA—tal vez para que Seku Ture olvidara el calificativo de conspirador que le había aplicado anteriormente—, declaraba en Addis Abeba que «está claro que varias naciones europeas y americanas están implicadas en esta invasión». La misión de la ONU no era autorizada a visitar más que Conakry y la prisión de Kindia, por lo que su única fuente de información consistió en las palabras de los dirigentes guineanos. Saliendo al paso de la campaña de calumnias, la Agrupación de Guineanos en Europa (RGE) enviaba

una carta abierta a U Thant en la que afirmaba que el ataque había sido obra del FLN, agregando: «los pretendidos mercenarios no son otros que ciudadanos guineanos, entre los centenares de millares que se han visto obligados a refugiarse en el extranjero para huir del bárbaro régimen del PDG. Son estos soldados patriotas quienes, por sus propios medios, han organizado, dirigido y ejecutado el desembarco del 22 de noviembre en las playas de Conakry. Para recuperar su patria y su dignidad de hombres libres, el régimen de Seku Ture no les deja más opción que la lucha abierta y la violencia. Es por obligación y no por gusto de la aventura violenta que nuestros compatriotas, renunciando a la resignación silenciosa, han decidido entablar combate contra la odiosa dictadura del PDG y de sus aparatos político-policíacos». Indicaban que habían logrado liberar 450 prisioneros de las cárceles de Conakry y agregaban: «son ellos quienes han denunciado al general Diané Lansana, uno de los sombríos torturadores del régimen, exigiendo que fuese fusilado, lo que se hizo sobre el campo de batalla». Terminaba advirtiendo a U Thant que «atraemos su atención sobre el peligro de querer intervenir en un arreglo de cuentas entre el pueblo guineano y su dictador. Se trata de un asunto estrictamente interno de Guinea. Sólo los guineanos pueden y deben resolver este problema».

A pesar de todas estas evidencias, el 7 de diciembre el Consejo de Seguridad de la ONU condenaba a Portugal, recomendando a todos los Estados que se abstuvieran de proporcionar ayuda económica y militar a Lisboa. Washington concedía a Guinea una ayuda excepcional de 4,7 millones de dólares como «testimonio de simpatía por las tentativas de invasión de que ha sido objeto». A finales de ese mes era detenido el arzobispo de Conakry, monseñor Tchidimbo, y acto seguido comenzaban las ejecuciones en masa, figurando entre las primeras víctimas dos ex ministros. Guinea expulsaba a todos los súbditos de la Alemania Federal, así como al embajador, Johann-Christian Lankes, acusándolos de estar implicados en la «invasión portuguesa». A la mayoría del centenar de expulsados, entre ellos 16 niños, se les obligó a marchar al aeropuerto con los pijamas con que fueron sacados de sus lechos en sus domicilios, sin permitirles llevar consigo nada de su propiedad. Este trato brutal se infería a un país que había entregado a Guinea 87 millones de marcos para ayuda de su desarrollo, además de una asistencia técnica valorada en otros 50 millones.

En su manifiesto de Año Nuevo, Seku Ture anunciaba que «1971 será el año de la violencia revolucionaria», y obedeciendo a sus consignas se celebraban varios congresos y reuniones políticas, sindicales y militares para re-

clamar el «castigo sin piedad» de los «enemigos de la nación». Se creaban Tribunales populares, y las emisiones radiofónicas procedían a una campaña de intoxicación homicida, estimulando a la matanza. De ella formaba parte un «poema del camarada Seku Ture» titulado *Adiós a los traidores*, que terminaba diciendo:

*Vosotros no tenéis ni hermanos ni padres.
Vosotros no tenéis ni hermanas ni madres.
Adiós, adiós, quinta columna; adiós, mercenarios.
Es el fracaso total de los corsarios.
Es la victoria total del frente anticolonialista.
Adiós, adiós, los traidores; adiós, los oportunistas.
Bienvenidos a la tumba de los imperialistas.*

Se multiplicaron las torturas y los asesinatos. La Agrupación de Guineanos en Europa publicaba un comunicado diciendo que «es doloroso comprobar cómo los Estados africanos que se manifestaron solidarios de Guinea a raíz de la "invasión" de noviembre se mantienen en silencio ante los crímenes de ese déspota demente, sediento de poder». El 20 de enero, la Asamblea Nacional, constituida en «Tribunal Supremo Revolucionario», iniciaba la represión. Por aquellas fechas se sabía que habían sido ya asesinados unos 4.500 adversarios de Seku Ture, pero el dictador anhelaba sangre en abundancia, y en un discurso atroz, transmitido por Radio Conakry, expresaba su deseo de que «por todas partes el pueblo despedace, queme, degüelle a todos sus enemigos, a todos los agentes de la quinta columna... Las organizaciones populares, cada vez que comprueben una traición, no deben dudar en aplicar con rigor la pena capital. Luego deberán dar cuenta de su sentencia y de su ejecución a las autoridades superiores. ¡Degollad a los enemigos! ¡Quemad a los mercenarios! y dad cuenta después». En la cárcel moría, víctima de las torturas, el súbdito alemán Hermann Seibold, cuya muerte fue atribuida oficialmente a «suicidio», aunque no se permitió contemplar el cadáver. Radio Conakry acusaba al Vaticano de «ayudar a los imperialistas, mercenarios y traidores», y Seku Ture pedía al Senegal y Costa de Marfil la «entrega al pueblo guineano de los elementos que trabajan en ambos países para destruir nuestra revolución». En Conakry eran detenidos doce libaneses acusados de participar en la invasión, y su libertad era reclamada por el presidente Frangié, que afirmaba que «siempre habían actuado en interés de Guinea». Todo el mundo era sospechoso, y las venganzas personales eran encubiertas frecuentemente bajo la etiqueta de ejecución política.

Ismael Ture, el hermanastro del presidente y su fiel sicario, anunciaba el 24 de enero, en un acto de masas celebrado en el estadio de Conakry, que la Asamblea Nacional había decidido condenar a muerte a 91 personas —de ellas, 33 en rebeldía— y a otras 66 a prisión perpetua. Ismael Ture invitaba al pueblo a organizar regocijos populares para celebrar estas sentencias. «Los que han querido matar—gritaba histéricamente a la multitud— serán muertos... Tenéis el enemigo en vuestras manos. ¡Aplastadle!» Siete ex ministros figuraban entre los condenados a la última pena, entre ellos Ibrahim Barry, que fue jefe del partido socialista guineano. Los otros seis eran Camara Seku, Osman Balde, Moriba Magasuba, Camara Loffo, Camara Balla y Seidu Conte. Monseñor Tchidimbo era condenado a prisión perpetua, en medio de grandes ultrajes.

Las ejecuciones han sido descritas como un «carnaval de la muerte». En Conakry fueron ahorcados públicamente 58 africanos, y el público, según explicaba alborozadamente la emisora gubernamental, «escupió a los cadáveres de los ajusticiados y les arrojó piedras». Siendo tantas las potencias extranjeras acusadas de haber participado en la «invasión», todos los ejecutados eran africanos. Esto demostraba una vez más la falacia del dictador.

Las reacciones exteriores ante el horroroso asesinato en masa fueron puramente dialécticas. *Le Figaro* titulaba «¡Pobre Guinea!», un comentario señalando que Seku Ture ha explotado frenéticamente a un pueblo fanatizado, desencadenando una de las más siniestras parodias de justicia que se hayan conocido en la nueva Africa. *L'Aurore* se horrorizaba del fanatismo del pueblo al profanar los cadáveres. *Temoignage Chretien* escribía que el Gobierno de Conakry y Seku Ture practicaban «métodos dignos de la época staliniana en los países del Este». Pablo VI denunciaba, en su alocución de los miércoles, «la horrible y despiadada conclusión del proceso revolucionario de Conakry». En Bonn, el portavoz de la oposición invitaba al Gobierno a presionar a Guinea «a fin de que respete los principios más elementales del derecho». El Gobierno senegalés —el mismo que había apoyado a Guinea en el Consejo de Seguridad a raíz de la «invasión»— se veía obligado a retirar a su embajador en Conakry al ser acusado por Seku Ture de «ayudar al desembarco de los mercenarios». En cambio, Libia entregaba al dictador un donativo de un millón de dólares para la «salvaguardia» de la soberanía guineana. Las crueles escenas de Conakry se fueron repitiendo en el resto del país. El 27 se ahorcaba en la plaza pública de Kindia; el 28 era Pita el teatro de las ejecuciones, y le seguían Forecariah y otros lugares.

Después de las matanzas públicas se dio orden de ejecutar en secreto para calmar la excitación internacional. Así han sido torturados y muertos miles de africanos ante la indiferencia general, incluso de la OUA, que ha pretendido ignorar esta tragedia colectiva, como hiciera en el caso de Biafra.

La represión continúa. El 16 de junio se producía una detención masiva de 450 personas, destacados políticos y funcionarios, acusadas, como siempre, de «conjura contra el Gobierno». Entre los detenidos figuraba el médico personal de Seku Ture, doctor Abdulaye Diallo (del que afirmaba que había pretendido envenenarle); los ex ministros Tunkara y Diallo Alfa; el jefe de Policía, Abbas; el procurador Tiemoko; el director de Radio Conakry, Fode, y el director de la oficina de prensa de la Presidencia de la República, Barry Mamadu. Todos ellos ligados estrechamente al presidente. A primeros de julio se procedía a la detención de oficiales superiores, acusados de alta traición: el general Keita Kumendian, ex jefe del Estado Mayor; el coronel Diallo Mamadu y el comandante Barry Siradiu. La depuración se extendía a todas las esferas de la Administración. El RGE comunicaba la detención de «más de cinco mil personas» y afirmaba que la ciudad de Kankan había sido escenario de una represión particularmente severa. El texto denunciaba el silencio de los dirigentes africanos, acusándolos de «encubrir el genocidio guineano».

Seku Ture, contemplando este clima general de desprecio por parte de sus compatriotas tiranizados, ha perdido la serenidad y lanza acusaciones a diestro y siniestro. El 16 de febrero, la revista *Jeune Afrique* publicaba una entrevista con el presidente guineano en la que éste afirmaba: «He recibido una carta fechada el 24 de enero, escrita por un amigo que se halla en contacto con los medios agresores, en la que me entera de que los blancos de Alemania Occidental, Francia y Estados Unidos están preparando hombres en Guinea-Bissau para una nueva invasión. La Alemania Federal ha proporcionado quinientos mercenarios. Portugal, a su vez, no suministra hombres, sino que permite la utilización de su territorio de Guinea-Bissau como plataforma de agresión y facilita el reclutamiento de los naturales de ese país para dicha agresión». Senegal ha sido objetivo preferente de la ofensiva dialéctica de Seku Ture. El 1 de febrero Radio Conakry criticaba el carácter «reaccionario» del presidente Senghor y decía que Senegal es «la cabeza de puente del imperialismo en Africa». A primeros de abril, en una entrevista ante los micrófonos de Radio Conakry, Seku Ture declaraba que Senegal «alberga elementos subversivos hostiles al régimen guineano, a los que con-

JULIO COLA ALBERICH

cede ayuda y apoyo político el Gobierno de Dakar», el cual, agregaba, «disimula complacientemente las actividades de los autores y los cómplices de la agresión del 22 de noviembre». El 11 de abril, la *Voz de la Revolución* reanudaba los violentos ataques contra Senegal y su presidente. Senghor declaraba que no se inquietaba por estas calumnias, puesto que, en su opinión, Seku Ture es un «demente esquizofrénico». Todos los antecedentes permiten corroborar el diagnóstico del presidente senegalés. Resulta algo muy triste que el porvenir de ciertos Estados africanos se encuentre en las manos de perturbados, dominados por el furor homicida.

JULIO COLA ALBERICH

CRONOLOGIA

